

TERESA

(Episodio de la época de la Independencia)

(Novela corta escrita el año 1870.
Hoy totalmente agotada).

I

En el año de 1813, época en que los chilenos batallaban en los campos del Sur contra el ejército español del general Pareja, una fragata avistó a Valparaíso ostentando en su palo mayor la enseña de Castilla: era la *Warren*, buque corsario, patentado por el virrey del Perú.

Una sola idea hizo palpitar a la vez los corazones; capturar al insolente corsario fué el pensamiento de todos los patriotas.

Era preciso para ello equipar prontamente buques, sin poseer un solo casco, ni armamento, ni marineros, y careciendo aún de capitales. Se necesitaba, pues, mucha audacia, y, por fortuna, los hombres que dirigían entonces los negocios no carecían de fibra y de iniciativa.

Todo estuvo listo para el 1.º de mayo: la fragata *Perla* y el bergantín *Protillo* debían salir al día siguiente a dar caza a la *Warren*.

Eran las doce de la noche de aquel día. La población de Valparaíso parecía profundamente dormida bajo los rayos de una luna llena. Ella reposaba después de largos días de agitación y trabajos pasados en los aprestos de las naves. Sólo se dejaba oír el ruido triste y uniforme de las olas al extinguirse lentamente sobre la arena.

De súbito la puerta de una casa, situada no muy lejos de la playa, se abre, y una voz de hombre, firme y sonora, dice:

—Buenas noches, Luis; señorita Teresa, hasta mañana...

—Hasta mañana, Jenaro—contestaron dos voces simpáticas desde el interior de la casa, y la puerta se volvió a cerrar.

—¡Dios mío! ¿Qué va a suceder mañana? Creo que la inquietud no me dejará dormir esta noche.

Esto decía Teresa, bella joven de 19 años, al entrar en su aposento, después de haber despedido a Jenaro.

—Duerme, niña, duerme — le dijo su hermano Luis—y no temas; mañana tendremos un hermoso

día; haremos ver a esos soberbios españoles de cuánto es capaz un pueblo cuando defiende su libertad... ¡Y yo que hasta ahora no he podido contribuir a la independencia sino con erogaciones en dinero!... más, pronto será otra cosa. Dentro de pocos días serás mujer de Jenaro, y entonces, ya completamente libre, me marcharé a ponerme a las órdenes del general Carrera.

—¿Separarnos? ¿y tan pronto? ¡Y tal vez para siempre!—murmuró Teresa, enternecida.

—¿Qué harías tú en mi lugar?—contestó Luis.

La joven miró a su hermano y exclamó:

—Yo iría a morir como nuestro padre, en defensa de la patria.

—¡Ya lo ves!... Morir por la independencia, después de haber asegurado tu felicidad, será una hermosa muerte.

Mas, notando que los grandes ojos de Teresa se llenaban de lágrimas, le dijo:

—¡Vamos!, déjate de llanto; hablemos de otra cosa... Con que serás feliz con Jenaro, ¿no es verdad?

—¡Mucho!—exclamó la joven con acento apasionado;—¡cuánto me ama!... y yo... ¡Dios mío!

—Acaba—exclamó Luis, riendo.

—¡Burlón!—continuó Teresa;— ¡quiera Dios po-

ner en tu camino una joven que te ame como amo a Jenaro! Pero yo charlo cuando debía estar implorando al cielo el buen éxito de su empresa . . . Un abordaje debe ser una cosa terrible, ¿no es así, Luis?

—Terrible, si se quiere, cuando se contempla a sangre fría; mas cuando la señal es dada, y se abalanzan como poseídos de un vértigo a la cubierta enemiga; cuando se estrechan cuerpo a cuerpo, teniendo a cada instante sobre la cabeza un arma mortífera y el abismo a los pies, entonces no se teme morir; entonces vencer es el pensamiento dominante, y en aquellos casos el que más hiere es un valiente y a veces un héroe.

II

Mientras los dos hermanos hablaban así en la víspera en que se intentaba un abordaje sobre la *Warren*, Jenaro, joven español, pero al parecer adicto a la patria, se dirigía a su casa: llegado ahí tomó un par de pistolas, puso en sus faltriqueras algunos saquitos de dinero, y salió encaminándose con paso más que regular en dirección hacia Playa-Ancha. Al llegar a una de las primeras caletas del lado Sur, se detuvo, sacó un silbato y lo llevó dos veces a sus labios. A poco

se dejó oír ruido de remos en el agua; pronto un bote atracó a la orilla, un hombre saltó a tierra y fué a estrechar la mano de Jenaro, que salió a su encuentro:

—Esta será nuestra última entrevista, amigo mío, —dijo Jenaro;—todo lo hemos arrojado por venir a avisarle, capitán, que mañana sale, por fin, la escuadrilla insurgente a abordar la *Warren*, y lo harían ¡por San Antonio! si no hubiese usted encontrado amigos por acá.

—Eso lo veríamos, don Jenaro; la causa del rey es la de Dios—exclamó el capitán.

—¿Está todo allanado?

—Todo—contestó Jenaro.

—¿Se entregó el dinero al italiano?

—No; cuando haya consumado su obra debe recibirlo de mano de usted.

—¡Qué diablos! No me queda un cuarto.

—A eso vengo—interrumpió Jenaro; y entregándole el dinero, le dijo:

—Ahora, capitán, adiós, temo una celada.

Y sin aguardar más desapareció.

Al día siguiente, 2 de mayo, púsose la *Warren* a la vista del puerto.

La escuadrilla patriota zarpó a las nueve de la mañana.

El día era bellissimo, una brisa suave rizaba las aguas; el horizonte aparecía claro y despejado. Mucha parte de la población coronaba los cerros y afluía hacia la playa. En todos los semblantes se reflejaba el contento y la esperanza.

Entre tanto, el *Potrillo* y la *Perla*, que componían la expedición, salían del puerto. El buque corsario se hizo mar afuera, pareciendo evitar un encuentro. Las naves patriotas largaron toda vela para darle caza.

De improviso, y cuando éstas se hallaron fuera del alcance de las baterías del puerto, se vió al corsario detenerse en actitud de aceptar el combate. En ese momento la *Perla*, que había tomado la delantera al *Potrillo*, se acerca hasta ponerse al costado de la *Warren*, que la dejó aproximarse sin disparar un tiro.

En el acto la *Warren* y la *Perla* unen sus fuegos y atacan al *Potrillo*, que cae desprevenido y presa de una infame traición.

Un marinero italiano, sobornado por Jenaro y otros españoles residentes en Valparaíso, había consumado una revolución en la *Perla* y entregádola al enemigo.

III

Pocos días después de este desgraciado acontecimiento, Jenaro entraba en la casa de su amada. Teresa no salió, como de costumbre, a su encuentro; todo parecía cambiado en aquella casa.

Por fin, se presentó Teresa, pálida y conmovida.

—¿Qué ocurre?— exclamó Jenaro, tendiendo su mano a la joven.

Más ella, sin corresponder a su ademán, le indicó una silla, contestándole con acento dulce pero firme:

—Una desgracia, señor, preparada por usted... con calma y refinado artificio; nos vemos hoy por última vez. Esta es la voluntad de mi hermano y también la mía.

Jenaro intentó disculparse, más Teresa le interrumpió diciendo:

—Es inútil... Lo sé todo: ahórreme usted el disgusto de ver unidas la traición y la mentira.

—Nunca me has amado, Teresa,—exclamó Jenaro, palideciendo extraordinariamente; — al corazón no se le impone, ni jamás la pasión política influye de tal modo en la mujer, que destruya en un día un

amor tan intenso como el que me has fingido hasta hoy.

—Ayer amaba al caballero leal y sin tacha. Hoy la traición lo desfigura a usted horriblemente a mis ojos. La memoria de mi padre, muerto por la patria, pone un abismo entre los dos.

El joven intentó echarse a sus pies; mas ella se lo impidió con un ademán majestuoso.

—¡Bien!—exclamó Jenaro, irguiendo su cabeza;— el brazo de tu hermano nos separa; dile que pronto nos veremos.

Y salió despechado.

Así que éste desapareció, Luis, que todo lo había oído, entró en la estancia.

—¡Hermana mía, valor!—le dijo, al ver a Teresa casi desfallecida.

—Todo acabó para mí— articuló la joven.— Hoy que le pierdo para siempre conozco que le amo más.

Y diciendo esto, cayó sin conocimiento en los brazos de su hermano.

IV

A mediados de enero de 1815, tres meses después de la derrota de Rancagua, la cárcel de Santiago ence-

rraba gran número de presos políticos, todos patriotas mártires de la libertad. Apilados en un estrecho y húmedo calabozo, eran tratados, por orden del general Osorio, como indignos criminales. ¿Qué iba a ser de ellos?

A juzgar por los rumores que se dejaban sentir: o debían ser pronto sentenciados a muerte, o enviados al Perú y sepultados en Casas Matas. Estas y otras voces siniestras contribuyeron no poco a dar cuerpo y vida a una conspiración concebida en el silencio de un calabozo y alimentada por la desesperación de las víctimas.

La guardia de los prisioneros estaba confiada al Batallón Talaveras.

Un sargento de este cuerpo, hombre simpático y sagaz, supo captarse la confianza de los presos hasta llegar a penetrar sus proyectos.

Pronto Villalobos, este era su nombre, se hizo el alma de la conspiración. El prometió apoyarla con su batallón y el cuerpo de Granaderos. Ansiosos de no aventurar la empresa, pero desconfiados, por otra parte, del caudillo, que era español y talavera, quisieron los presos obtener de Villalobos una garantía de su sinceridad. Al efecto, le exigieron les prestase promesa de fidelidad en presencia de Dios. Convino en ello Villalobos, y los presos acordaron mandar de-

cir una misa en la capilla de la cárcel. Allí un solemne juramento debía tranquilizarlos y unirlos.

En efecto, en el momento en que el sacerdote alzaba la hostia, todos los conjurados, a una señal convenida, levantaron silenciosamente sus manos y juraron por los Evangelios guardarse fidelidad y trabajar por el éxito de su empresa.

V

Pocos días después, una mujer vestida de negro y cubierta con un espeso velo fué introducida por el carcelero en el calabozo de los presos.

Se quedó un momento indecisa en el dintel de la puerta; mas luego, con una voz trémula, sin duda por la emoción, preguntó por Luis O. . . Al oír este nombre, un joven de porte distinguido y simpática fisonomía, se precipitó hacia aquella mujer y la estrechó contra su corazón, exclamando:

—¡Teresa! ¿Tú aquí?

Teresa alzó su velo. Su rostro estaba pálido, pero más bello aún, realzado por el dolor que la oprimía. Anegada en llanto, estrechaba a su hermano sin poder proferir una palabra.

—¿Tú en Santiago?—volvió a decir Luis.—¿Y en qué circunstancias? Cuando todas las familias, abandonando sus hogares, se han ido a ocultar en algún rincón lejano, a fin de substraerse a las tropelías de San Bruno.

Teresa miró en torno suyo con recelo... los presos se retiraron, por deferencia, a un extremo del calabozo, y entonces dijo:

—He venido con mi tía. No temas por mí, Luis; sólo se trata de tí en este momento; eres tú quien corre peligro.

—¿No han hecho llegar hasta tí una carta mía en que te aseguraba que nada malo podía sucederme?

—Sí; pero últimamente he recibido otra, en la que se me dice lo contrario.

—¿De quién?

—De Jenaro.

—¡Hola! ¿Jenaro anda en esto? ¿Y has podido confiarte de un traidor?

—¡Luis!—exclamó Teresa, tristemente; — Jenaro tiene influjo cerca de Osorio; él es hoy mayor general; puede y quiere protegerte. Mañana me acompañará a palacio, y confío en Dios que he de obtener tu perdón...

—Te lo prohibo—exclamó Luis, interrumpiendo a

su hermana;—mi perdón, a Dios gracias, no lo necesito; deseo seguir la suerte de mis compañeros. No por mendigar una vida que estimo en poco, he de permitir que te espongas. No, mil veces no; una joven como tú no puede, no debe dar tal paso.

—¿Es posible, Luis, que pienses así, cuando la muerte está sobre tu cabeza?

—¿Y qué es la muerte para un soldado? No hace tres meses que he salido de Rancagua resuelto a morir por las bayonetas enemigas al lado del general O'Higgins?

Luis fué interrumpido por el carcelero, quien previno a Teresa que debía retirarse.

La joven echó sobre su hermano una mirada de angustia.

—¡Valor!—le dijo éste, procurando dar a su semblante una expresión tranquila.—En lo que me has dicho veo claro que Jenaro intenta, por medio de la gratitud, empeñar tu corazón. . . Ya me comprendes. ¡En guardia, Teresa mía! No creas lo que ese hombre te dice. Ahora, dame un abrazo.

Los dos hermanos se abrazaron conmovidos; ambos ocultaban el temor que abrigaban de no volverse a ver más. . .

VI

Era el 5 de febrero: la revolución que intentaban los presos debía tener lugar en la madrugada del 6.

Villalobos principió los aprestos esa noche, encerrando en calabozos distintos algunos reos de delitos comunes. En seguida llevó licor en abundancia a los conjurados para infundirles valor; pasó la primera parte de la noche en conferencia con éstos, y sólo se separó de ellos para ir a dar las últimas disposiciones a fin de asegurar el golpe, según decía.

Los conjurados, entre tanto, le esperaron de pie y con el corazón palpitante de ansiedad hasta las dos de la mañana. A esta hora se abrió repentinamente la puerta del calabozo y apareció en el dintel la compañía de zapadores del Batallón Talavera. San Bruno, que la comandaba, ordenó a los conjurados se postrasen en tierra. Ninguno obedeció. Los jóvenes Concha y Morgado, que intentaron sacar sus puñales, cayeron víctimas de San Bruno. Esto pasó con la rapidez del rayo. El calabozo fué invadido por todo el batallón, cuando aún los presos no habían vuelto de su estupor.

La carnicería entonces se hizo general. Los infeli-

ces, furiosamente acometidos por los soldados, no oponían más resistencia que sus manos para defender sus cabezas. Un joven, aún adolescente, dormía en un rincón, y fué cobardemente asesinado en medio de su sueño. Entre tanto, Luis, con la espalda apoyada contra la pared y un puñal en la mano, se dispuso a vender cara su vida. Un soldado iba a descargar su sable sobre su cabeza, pero Luis, con un rápido movimiento hacia adelante evadió el golpe e hirió en el pecho a su asesino; un pabellón de sables se levantó al instante sobre su cabeza, y habría caído acribillado de una veintena de golpes si San Bruno, tomándolo por el jefe de la conspiración, y ebrio de sangre y de venganza, no se interpone, gritando:

—Nadie lo toque; esta cabeza es mía.

Luis, desarmado y rodeado de fieras humanas, cruzó los brazos dispuesto a morir. San Bruno iba a dividir la cabeza de su víctima, cuando una mano vigorosa le detiene el brazo. San Bruno se volvió furioso: era Jenaro. Como éste había recibido poco há la orden de poner la tropa sobre las armas, tomó apresuradamente sus disposiciones y corrió a la cárcel. Llegó a tiempo para salvar a su antiguo amigo y a algunos otros infelices, no sin peligro de su vida, a pesar de su autoridad militar.

VII

Al día siguiente se veían en la plaza de Santiago los cadáveres de las víctimas de esa infausta noche, y entre ellos los de Concha y Morgado. Sobre sus cabezas se leía esta inscripción en grotesco pergamino: *Por conspiradores contra la ley y perturbadores de la pública tranquilidad.*

La casa que habitaba Teresa estaba situada en un barrio apartado y silencioso de la población.

Eran las once de la mañana; la joven preparaba la ropa blanca que debía enviar a su hermano a la prisión. A esa hora se presentó Jenaro en su casa.

—Señorita—le dijo;—hace mucho tiempo que no me sentía tan feliz como hoy. Anoche he salvado a su hermano, y esto me llena de gozo al considerar la triste nueva que hubiera usted podido recibir en este momento.

—¿Qué ha sucedido?—exclamó Teresa, poniéndose extremadamente pálida.

—Nada, no se asuste usted. Luis está tan bueno como yo. Esto, sin duda, lo debe a las plegarias que usted dirige por él a la Virgen.

Jenaro se sentó al lado de Teresa.

—Diré a usted en dos palabras lo que ha pasado —continuó.—Luis y sus compañeros intentaron una revolución. Se fiaron de un sargento de Talaveras. Han sido vendidos, y . . . ¡qué horror! asesinados en su mismo calabozo.

—¡Gran Dios!—murmuró Teresa.—¡Asesinados! ¿Qué va a ser de Luis, si es que ha salvado?

—A eso vengo, Teresa; tome usted este pliego; es una petición de perdón que usted presentará ahora mismo a Osorio; este es el momento preciso. El general se encuentra pesaroso de haber autorizado un crimen que va a manchar las armas españolas.

En ese momentó entró la tía de Teresa: la señora venía de misa. Al pasar por la plaza había visto el horrible espectáculo.

—¡Jesús me valga!—exclamó, dejándose caer sin aliento sobre una silla;—hija mía, si supieras lo que ha pasado, lo que en este momento acabo de ver; le han muerto sin misericordia. ¡Hijo de mi corazón!

—Tía, Luis no ha muerto; tranquilícese usted.

—No he visto su cadáver en la plaza . . . ¿A dónde le han llevado, Dios Santo? . . .

—Señora, nada ha sucedido a Luis, y le aseguro a usted que muy pronto saldrá de la prisión.

—¿Y puedo creer a usted? ¿A un godó, a uno de

esos cobardes que mandan degollar a hombres indefensos?

Jenaro era bastante cuerdo para comprender el justo dolor que hacía estallar aquel corazón de sesenta años, y creyó prudente retirarse.

VIII

Teresa pudo calmar a su tía con dificultad, y hacer que la acompañase a palacio.

La joven presentó a Osorio la solicitud de perdón. Este, después de haberla leído, fijó en Teresa una mirada investigadora, y en seguida puso al pie estas palabras:

“En el término de veinticuatro horas saldrá Luis O. de la capital.—*Osorio.*”

A las nueve de la mañana del siguiente día, los dos hermanos y su tía abandonaban la capital, alejándose lentamente por el camino que conduce a Melipilla.

Jenaro los acompañaba.

El militar español cabalgaba al lado de Teresa. La joven se manifestaba alegre y reconocida.

Jenaro, aprovechando un momento en que Luis y la tía quedaban atrás, le dijo:

—¡Por qué no he perecido, señorita, en la guerra,

cuando tantas veces he buscado la muerte para encontrar el olvido! Pero no; era preciso que pasara aún por este martirio: encontrarle a usted, verle más interesante, más llena de atractivos, para volverla a perder, y quizá para siempre; porque si juzgo por el dolor que me oprime, no creo que volyamos a vernos.

—Nos veremos allá a donde la patria es libre y común para todos.

—Ese es un consuelo dictado por la fría amistad. Teresa, dígame usted, francamente, ¿he llegado a serle indiferente?

El semblante de Teresa se cubrió de rubor.

—El momento en que usted me lo pregunta es muy solemne para que yo disfrace mis sentimientos; Jenaro, usted . . .

Teresa no pudo continuar; la voz expiró en su garganta: estaba conmovida.

—Su corazón es siempre mío, Teresa, no tengo duda; usted me ama, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y entonces, ¿qué se opone a nuestra dicha?

Teresa miró al joven y le dijo:

—Dígame, Jenaro, ¿cree usted que podría yo desposarme con un hombre que clavase un puñal en el corazón de mi madre?

—Ciertamente que no; mas yo . . .

—Usted, Jenaro, contribuye a derramar la sangre de mis hermanos, ella cae sobre este suelo, y este suelo es mi patria. Yo daría mi vida, si de algo sirviese, para que ella fuese libre y feliz; ya que esto no puede ser, sacrifico algo más que mi vida: sacrifico mi amor.

—Teresa, ¡en nombre del cielo!, no haga usted un sacrificio estéril, mande usted, impóngame su voluntad: ¿qué debo hacer para alcanzar la dicha? Todo lo sacrificaré por usted.

Teresa, subyugada por la pasión del joven y por su propio sentimiento, comprendió que el momento aquel iba a decidir de su destino; su corazón se partía de amor y de pesar; un momento más y habría dicho a Jenaro: "Seré tuya, porque te amo más que a mi patria", pero haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo:

—Jenaro, si se desvía de su deber, abandonando quizá por mí la causa que defiende, se precipita a un abismo. Y si yo, por mi parte, sigo su destino, me atraería el desprecio de mi hermano y el de todos los corazones nobles que lidian por la patria. ¡Cruel alternativa: patria y amor! He aquí lo que el destino me ordena que elija . . .

Y Teresa se cubrió el rostro con el pañuelo, de-

jando las riendas a merced de su caballo; el dócil animal se paró.

Jenaro contuvo el suyo y le dijo:

—Amor mío, adorada Teresa, ¿a qué comprimir los impulsos de tu corazón? ¿Qué nos importa el mundo todo si nos amamos así? Teresa mía, una palabra y somos los seres más felices de la tierra.

Teresa, por toda respuesta, tendió su mano a Jenaro. La sangre del joven afluyó a su rostro al estrecharla y la llevó transportada de gozo a sus labios. Teresa retiró su mano y dijo con voz sollozante:

—Cuando mi patria sea libre, venga usted, Jenaro, a buscarme, si es que su corazón para entonces no ha cambiado; y si esto no es posible, ¡a Dios! cúmplase mi destino . . .

Y rápida como el pensamiento, agitó la huasca sobre su caballo y partió veloz.

El primer impulso del joven fué seguirla, mas en ese instante llegó hasta él Luis, con la anciana señora.

—¿Qué ha sucedido?—exclamó Luis.

—¡Qué ha de ser! Que mi espada, maldecida, sin duda de Dios, se vuelve contra mi corazón. Luis, amigo mío, esto no tiene remedio. Adiós; voy al menos a morir con honor.

Y echando una última mirada hacia la nube de polvo que levantaba a lo lejos el caballo de Teresa, volvió riendas hacia Santiago.

1870.

